

Un poeta llamado Aristóbulo

La ciudad de Bucaramanga, al norte de Bogotá, es famosa por la belleza del paisaje que la circunda, por los recuerdos de Bolívar y por la impresionante hermosura de sus mujeres. Importante centro cultural, además, por sus dos universidades y por la “Biblioteca Turbay Ayala”, que desarrolla una proficua labor de promoción y difusión culturales en la región. Parte de su quehacer es el taller literario que conduce un conocido narrador, y que se realiza una vez por semana, en horas de la noche.

Pues bien, uno de los más asiduos concurrentes, en la época de mi visita, era un hombre de mediana edad, que respondía al nombre de Aristóbulo Quiroga. Sí, así se llamaba, y por lo que supe era persona de modestos orígenes, que había tenido que bregar mucho en la vida, y que no pudo ir más allá de los estudios elementales. Sin embargo, y a pesar de ello, en algún momento de su juventud entró en contacto con la literatura y se apasionó por ella. No le habría sido fácil, claro está, orientarse entre cientos de autores y de títulos, y distinguir entre lo viejo y lo nuevo, lo mediano y lo valioso. Pero se enteró, por suerte, de la existencia del taller bumangués, abierto a todo el mundo, y como se sentía llamado a la poesía, ni corto ni perezoso se inscribió.

Desde un principio fue, como dijimos, el más atento y puntual participante. No fue obstáculo el singular negocio a que se dedicaba, cual era el de transportar madera en una barcaza a lo largo del río Magdalena, entre el interior del país y la costa. Un trayecto

no exento de peligros, y que más de una vez lo ha llevado a toparse con los guerrilleros y los militares. La solución que encontró, en todo caso, fue la de programar de tal modo sus viajes, que su paso por Bucaramanga tenía lugar precisamente los miércoles, día de esa poética actividad. Ocasiones había en que se le veía llegar fatigado y con ropa de trabajo, o partir a toda prisa una vez acabada la reunión para reanudar su recorrido, sin desmayar nunca en su empeño.

Cuando le tocaba su turno en las sesiones no se limitaba a la lectura de sus textos y a escuchar las sugerencias que le formulaban, sino que los defendía con muchísimo calor, despotricando de paso contra el arcano vocabulario de los críticos. Solían ser largos, según me contaron, sus alegatos. Mas siempre contaba con la comprensión del conductor del taller y de los demás concurrentes. Y al parecer tanta tenacidad fue recompensada, pues don Aristóbulo ha ganado ya algunos modestos lauros, no por ello desdeñables. Su caso es, pues, ejemplar en más de un sentido, y admirable ese amor por la poesía. ¿No irá a convertirse, con el correr de los años y la superación de tan silvestres comienzos, en otro Premio Nobel?